



# Verinos

Isabel Arjona Galarza

**L**a fama del convento de Santa Ana se debía principalmente a unos pequeños dulces que sus monjas elaboraban únicamente una vez al año por la Pascua de Resurrección. Aunque a simple vista parecían unos inocentes bizcochitos cubiertos de azúcar, su interior escondía un misterio que muchos habían intentado desvelar sin éxito. Los pequeños “verinos”, que así se llamaban los pastelitos, tenían la increíble facultad de saber de modo distinto en función de quien los probara. Así su sabor se mostraba en múltiples

---

variaciones, tantas como paladares accedían a degustarlos. Cada cual daba su versión del sabor de los dulces y nadie mentía al hacerlo por diferente que fuera su opinión.

Muchos reposteros habían intentado sin éxito dar con la fórmula exacta con el ánimo de copiarlos y en el intento hasta los cocineros del gobernador habían fracasado. Algunos ingredientes parecían seguros: huevos, harina, azúcar y algo de leche. Pero a partir de ahí comenzaban las diferencias, que si una pizca de sal, que si canela, que si miel, que si mermelada de ciruelas, que si un poco de limón, que si clavo molido...la lista de componentes posibles era casi infinita. La realidad es que la única persona que conocía con certeza el secreto de los exquisitos “verinos” era la superiora del convento, así había sido por generaciones. Sólo cuando su antecesora se encontraba a punto de entregar su alma al Señor, la sucesora, la siguiente Madre, accedía al secreto.

Además de este tesoro culinario, el convento contaba con otra joya cuyo valor calculado en onzas de oro podía alcanzar una cifra astronómica. Se trataba de un pequeño lienzo, un Cristo atribuido a un discípulo del Giotto que había sido cedido al convento por la noble familia de los Quintana, de cuya stirpe provenía el actual gobernador, el duque de Mirasierra. Aquella pintura valiosísima adornaba el altar de la capilla de las monjas, llevaba allí varios siglos, y allí debería permanecer otros muchos, salvo que la orden desapareciese, en cuyo caso estaba escrito que la piadosa obra debería restituirse a los Quintana.

Entre pasteles y rezos transcurría tranquila la vida del convento, sin demasiados sobresaltos, al menos así había sido hasta que los problemas del gobernador habían terminado con tanta paz. El flamante duque, además de ser descuidado y poco diligente en sus tareas de gobierno, gustaba de prodigarse en las partidas de cartas de las tabernas de la villa sin tener en este oficio mayor pericia que en el de la administración del territorio que tenía al cargo. Con tanta torpeza, cada mano de cartas no hacía sino hundirlo en una deuda que cubría con documentos de crédito que firmaba alegremente, sin reparar en que llegaría el momento en que tales obligaciones le serían exigidas.

Cuando los acreedores comenzaron a reclamar el cobro, el gobernador tuvo que idear el modo de escapar con bien del fabuloso enredo en el que se hallaba, y como no había actividad productiva a la que pudiera acogerse, ni pariente cercano o lejano que no le fuera esquivo a fuerza de haber sido ya

---

---

blanco de sus sablazos, no pudo más que idear una treta que le permitiera escapar del acero de sus persistentes perseguidores. Así pues tuvo que recurrir al único bien de su herencia que no había empeñado por no resultarle fácilmente accesible y que no era otro que el venerado Cristo de las monjas.

Intentando encontrar el modo de acceder a la preciada pintura que había de salvarle de su ruinoso situación, el gobernador multiplicó sus visitas al convento pidiendo para ello permiso a la superiora con el objeto de acudir a misa en su pequeña capilla cada domingo. Tal gracia, poco usual, ya que el convento si bien no se hallaba bajo la Regla de la clausura era de costumbres muy hoscas, le fue concedida porque no encontró la Madre Juana modo de negarle el pedido a tan ilustre e irritante caballero.

Desde que el noble señor se suscribió al sacramento eucarístico en el convento, fuera o no por casualidad, dos monjas habían fallecido. Bien era cierto que ambas eran ya ancianas y achacosas y que, qué hubieran sido llamadas a la presencia del Creador, aunque hubiese sido de modo tan seguido, no había extrañado a nadie. Las defunciones habían sido recibidas con agrado por el gobernador que encontró en ellas el camino hacia su objetivo. Si el número de monjas aminoraba a un ritmo tan galopante tal vez sería necesario plantearse si la continuidad de la orden era posible. Para determinar aquella cuestión nada podía un gobernador, pues bien conocido era aquello que había escrito el manco “Sancho, con la Iglesia hemos topado”. No cabía por tanto otra que la de reclamar el auxilio de la autoridad eclesiástica, que en este caso recaía en el arzobispo Rodrigo Luján, un recto príncipe de la Iglesia que tenía fama de cabal y riguroso en extremo. La cosa no parecía sencilla, pero las monjas muertas de modo tan rápido y consecutivo mantenían en pie el ánimo y la fe del perseguido deudor.

No había pasado ni una semana cuando un nuevo hecho luctuoso vino a oscurecer la tranquilidad de las dulces monjas, otra de las hermanas había muerto. Esta vez no podía decirse que se tratase de un suceso en modo alguno previsible, ya que sor Visitación gozaba de una salud envidiable que de nada le sirvió cuando un par de tejas extrañamente desprendidas de una azotea le dieron de lleno en la cabeza mientras atravesaba la calle grande de regreso al convento. Unos días después del entierro de la desafortunada descalabrada, la Madre Juana recibió una misiva del arzobispo. En ella le anunciaba su próxima visita al convento pues había de tratar con ella un tema de máxima importancia.

---

---

La importancia no era difícil de adivinar, se trataba de una cuestión numérica, con la última baja el número de monjas del convento era inferior al que el Santo Padre había dictaminado como mínimo para consentir con la existencia de la orden. La superiora había esperado contar con alguna novicia que profesara en breve para compensar aquella inferioridad, pero las hijas de los nobles que en otra época habrían seguido gustosas una vocación tan elevada, se mostraban ahora bastante reticentes y más orientadas al logro de matrimonios convenientes que las llevaran hasta la corte madrileña y entre las plebeyas en un año de buenas cosechas tampoco parecía darse el interés. De todos modos le parecía extraño que el arzobispo que tenía menesteres mucho más urgentes e importantes que preocuparse por aquel humilde convento, hubiera reparado de modo tan inmediato en la escasez de religiosas. Sin duda algún alma caritativa había hecho notar el hecho al prelado, que justo y estricto como era no tardó en dar pronta respuesta a la cuestión.

Sor Micaela, le hermana cocinera, se puso muy nerviosa cuando la superiora la mandó llamar. Ya sabía que una carta con el sello del arzobispado había llegado a la casa, las noticias circulaban veloces entre aquellos muros ávidos de novedades.

*- Debes preparar una comida especial para el próximo domingo, el arzobispo vendrá a comer a nuestra casa.*

*- Sí Madre...*

*- Nada ostentoso, que nuestro hogar es humilde y nuestro voto de pobreza es estricto, pero sí deseo que la sopa tenga algo más de espesura, que la gallina aparte de intuirse en el caldo llegue a verse, que los tostones no se encuentren numerados, que el pan sea del día y que el vino esté menos aguado. Pero sobre todo quiero que se preparen unos “verinos”. Yo misma dejaré la masa lista como es costumbre.*

Sor Micaela asintió y salió camino de la cocina atribulada pues presentía que la visita nada bueno iba a depararles.

Como siempre la superiora se encargó de preparar la mezcla de los verinos. Con una llave que llevaba prendida del cinturón abrió un mueble de madera de limoncillo que ocupaba un rincón de su despacho. De allí sacó un frasco verdoso y suspiró sonoramente. Cuando hubo anochecido con el tarro

---

---

sujeto y escondido bajo los pliegues de su peto se dirigió a la cocina. Las hermanas ya dormían en sus celdas. La Madre Juana dejó el recipiente de cristal sobre un banco y preparando con cuidado cuantos ingredientes se precisaban en sus medidas exactas procedió a mezclarlos en un lebrillo grande. Destapó el botecito verde y vertió unas gotas de su contenido sobre la composición, con cuidado de contarlas para no errar en el número. Esta vez la dosis debía ser doble. En todos sus años de superiora no había sido menester recurrir a una cantidad tan elevada, pero los grandes males requieren grandes remedios, de modo que dio por bien empleado el líquido.

Se pasó más de media hora trabajando la masa hasta que adquirió la consistencia precisa. La dejó reposar en el lebrillo tapada con un paño de algodón, debía subir un poco. Por la mañana la hermana cocinera se encargaría de dar forma a los bizcochos y preparar el horno para cocerlos. Ese domingo, las monjas, que conocían la naturaleza de la visita arzobispal, andaban inquietas temiendo por la desaparición de su orden y su pacífica vida en el viejo convento. Su preocupación aún creció más cuando junto al arzobispo, el ya asiduo gobernador se personó en el refectorio. Mientras una hermana menuda leía unos salmos en latín los comensales se acomodaron, ocupando los lugares principales el arzobispo, la superiora y el gobernador. Se sirvió la sopa muy caliente en unas humildes escudillas y el cuchareteo a penas pudo escucharse, porque nadie quería emitir sonido que pudiera eclipsar cualquier comentario que allí se hiciese.

Después del sabroso sopicaldo espesado a fuerza de amorosas horas de cocción y del sacrificio de un par de orondas gallinas, degustaron unas verduras de la huerta del convento, berenjenas rebozadas, unas lonchas muy finas pasadas por harina, bañadas en huevo y fritas en aceite bien caliente que entusiasmaron al arzobispo.

La superiora hizo un gesto y al poco asomó la hermana cocinera portando una bandeja de pequeños “verinos” perfectamente colocados sobre un paño de hilo bordado con finas labores. La cara del arzobispo se iluminó.

*- ¡Mi muy amada Madre! Debo agradeceros esta atención. Sé que esta receta no se prodiga y que sólo se elabora para la Pascua, así que valoro en mucho que hayáis tenido a bien prepararla para este humilde siervo del Señor.*

---

---

- *Reverendísimo señor, nos complace mucho a las hermanas y a mi poder obsequiaros con tan modesta golosina.*

El gobernador forzó una sonrisa, y después del arzobispo tomo de la fuente un bizcocho. Comenzaba el duque a impacientarse, no le agradaba ver a su excelencia el arzobispo tan amable con aquella huesuda superiora que lo trataba a él con tanta displicencia. El tema que debía abordarse se demoraba, sabía que en la mesa y delante de todas aquellas tocas negruzcas no iba a resultar posible la conversación, pero si el arzobispo decidía tratar en privado la cuestión, a buen seguro él quedaría fuera de la reunión y perdería la oportunidad de conducir sibilinamente el negocio hacia el punto que le era propicio. Tenía que forzar la situación. La Madre Juana les animó a que tomaran más pastelitos y ninguno de los dos hombres rechazó la invitación. El arzobispo incluso se permitió regarlos con un vinillo dulce que resultó muy de su agrado.

El gobernador revolviéndose en su asiento sin dejar de comer “verinos”, más por ansiedad que por gula, no pudo contenerse por más tiempo y saltó como un resorte disparado.

- *Reverendísimo, son increíbles las gracias culinarias con que estas monjas nos deleitan tan amablemente, pero no es posible olvidar ni retrasar el deber que hasta aquí ha traído a vuestra excelencia.*

El arzobispo contrariado por la impertinente llamada de atención, miró al desesperado duque de Mirasierra con ojos de furibundo jabalí.

- *No tenéis necesidad de recordadme señor cuales son mis obligaciones, que en tiempo y forma adecuadas las he de cumplir.*

Después suspiró y con aire de conformidad se dirigió a la superiora.

- *Cierto es Madre que el tema que me hace visitaros no debe posponerse.*

La Madre Juana dio dos palmadas y las monjas abandonaron el refectorio ordenada y quedamente como un rumor mortecino. Cuando hubieron salido la mujer tomó la palabra.

- *Decidme pues, os escucho con atención su excelencia.*

---

---

El gobernador seguía comiendo “verinos” compulsivamente. El arzobispo inició su exposición.

*- No os ha debido pasar desapercibido que a causa de las últimas bajas tan desdichadamente acaecidas se halla vuestra congregación en suma deficitaria en lo que respecta a los mandatos de la Santa Sede. Y esto muy a mi pesar supone que será necesario estudiar en breve si la orden debe disolverse y el convento cerrarse incorporándose su propiedad al erario de la Santa Iglesia. Claro está que se establecería una nueva ubicación para las hermanas que serían acogidas de buen grado en otras comunidades.*

La Madre Juana no parecía preocupada en absoluto.

*- Comprendo perfectamente que las normas establecidas deben cumplirse con rigor y nuestra comunidad se someterá a los dictados que el Santo Padre tenga a bien establecer, pero antes os pediría la gracia de haceros unas preguntas.*

*- Cuanto deseéis saber se os contestará.-asintió el arzobispo.*

La Madre Juana estaba segura de que así sería.

*- Me gustaría saber reverendísimo señor como nuestro problema se os puso de manifiesto tan prontamente, cuando aún estamos de duelo por nuestra última pérdida.*

El arzobispo buscaba excusarse pues no quería dejar en evidencia al gobernador que había sido su informador, pero muy sorprendido contesto la verdad sin adornos.

*- El gobernador me puso al corriente.*

Ante la respuesta el duque se tragó de golpe el bizcocho que tenía en la boca y a punto estuvo de atragantarse con él.

*- Pues ante tal presteza, señor gobernador.- dijo la superiora dirigiéndose hacia el caballero.- me veo en la necesidad de preguntaros a vos, cual es el interés que os lleva a mediar en este asunto.*

---

---

El arzobispo posó su mirada en el gobernador y lo instó a responder. Él, intentando ver como zafarse de la pregunta sin quedar perjudicado, ante su propia perplejidad, contestó lo siguiente:

*- Madre Juana, me encuentro en un apuro económico de tal calibre que los acreedores amenazan mi vida. Con la esperanza de que el cuadro del Cristo de vuestra capilla me fuera restituido y con el poder saldar mis deudas he acudido al arzobispo para lograr el cierre de este convento.*

Arzobispo y gobernador quedaron estupefactos ante el desarrollo de aquel extraño interrogatorio. La superiora, aunque bien podría haberlo hecho, no sonrió.

*- Está claro padre que así las cosas urge el cierre de esta comunidad, pero antes querría que se aclaran unas pequeñas cuestiones más, que sin duda darán paz a mi alma.-dijo la Madre Juana.*

Los dos hombres, tranquilizados por la resignación con que la monja parecía asumir la inevitable desaparición de la orden, accedieron a responder a cuanto ella quisiera consultarles.

*- Gobernador, ¿a caso sabéis cómo aquellas tejas fueron a dar tan infortunadamente sobre la hermana Visitación?*

*- Pues debo contestar que sí lo sé, ya que yo mismo di ordenes a uno de mis criados para que se apostara en un tejado de esa calle y dejara caer la carga convenientemente.*

El gobernador horrorizado se tapó la boca, ni tan siquiera le asistía el secreto de confesión con lo que el arzobispo o la propia superiora harían que sus huesos dieran en la cárcel y que el patíbulo fuera su fin.

Pero la superiora sin inmutarse siguió, dirigiéndose ahora al arzobispo que se estaba santiguando a gran velocidad después de oír las palabras del de Mirasierra.

*- Arzobispo, querría confirmar otra cuestión. Es bien sabido en la villa que su excelencia es el confesor y consejero espiritual de doña Elvira, la esposa del gobernador aquí presente, pero dudo si el afecto de tan devota feligresa*

---



---

*para con vos alcanza mayor dimensión que la que corresponde a una virtuosa dama.*

*- Hija mía, debéis saber por experiencia propia que la soledad que exige la vida de celibato resulta en determinados momentos insoportable y que en ocasiones dar y obtener consuelo es un acto de generosidad con el que los hijos de Eva buscan aliviar su dolor en este mundo de privaciones. Doña Elvira estaba falta de los placeres de la carne que su esposo concedía tan dadivosamente a otras señoras, por lo que yo compensé esa ausencia con buen ánimo y gran contento tantas veces mi naturaleza y las circunstancias lo hicieron posible.*

Los dos hombres horrorizados por sus completas confesiones se levantaron de la mesa y salieron del refectorio a toda prisa.

Ni que decir tiene que el cierre del convento no se produjo. El gobernador desapareció de la villa camino de la Corte en Madrid, en dónde gracias a alguna influencia que aún mantenía logró un cargo militar en una encomienda en las Indias, nunca más se supo de él. El arzobispo cayó enfermo de unas fiebres misteriosas y estuvo en cama hasta el día en que doña Elvira de Quintana, afligida por la inesperada partida de su esposo, decidió ingresar en el convento de Santa Ana para terminar allí sus días sometándose voluntariamente al voto de silencio. Con su profesión se completó el número de monjas que la orden requería para seguir en activo, suceso que fue muy bien recibido por la Santa Sede que apreciaba en mucho a la Madre Juana.

Los “verinos”, o bizcochos de la verdad, siguieron preparándose por la Pascua de resurrección, con la dosis justa de su ingrediente más secreto, porque doblarla, aunque mejoraba considerablemente su sabor, conllevaba el peligro que supone mostrar sin reservas lo que el entendimiento y el corazón de los hombres guardan celosamente en su interior.

---